



EL PARAÍSO RIOJANO.

Uno de los más fértiles y deliciosos países de nuestra amada patria, de nuestra adorada Península, de esa madre querida en que hemos tenido la dicha de ver la luz primera, es, sin disputa, la alegre y pintoresca Rioja. ¡Oh Rioja del alma! cada vez que oigo pronunciar tu nombre, mi corazón palpita de alegría. Seas bendita una y mil veces, inolvidable cuna mía, país de las almas grandes, nobles y generosas, paraíso de delicias. Salve, jardín bellissimo de la provincia de Logroño; salud, risueña Rioja. Tosca es mi pluma para dibujar tu cielo, más tosca aún para bosquejar tu suelo; pero súplalo todo el entrañable y finísimo amor que te profeso: quiero, aunque á la ligera, de uno y otro publicar las maravillas, cantar tus glorias (1), tus ha-

zañas, tus conquistas y recordar los nombres de tus más preclaros hijos, para que los tiernos lectorcitos del periódico *Los Niños* que no hayan tenido la dicha de amamantarse á tus pechos sepan dónde te encuentras y lo que eres; y para que los que tienen el santo orgullo de llamarte madre procuren ser reconocidos al Dios que tanto los distinguió, y no desmientan jamás el envidiable nombre de riojanos.

1.^a Sito este vergel florido, bajo un cielo risueño y azulado, en la provincia de Logroño, ofrece á cada paso mil bellezas que admirar, tesoros mil que apetecer, y un sinnúmero de regalos, comodidades y recreos que bendecir. Fertilízanlo rios caudalosos como el Ebro, Tiron, Najerilla, Iregua, Leza, Cidacos y otros.

Fuentes cristalinas de salutíferas aguas, como las de Grábalos, Arnedillo, etc., convidan risueñas á los

(1) Al hablar de Rioja hemos comprendido casi toda la provincia de Logroño, ménos la sierra de Cameros, aunque no se extiende á tanto; pero ésta es la costumbre.

pacientes á beber en ellas la salud.

2.^a En sus entrañas se encuentran algunas minas de sal, hierro y cobre, casi todas sin explotar.

3.^a ¿Qué dirémos de las frutas abundantes y exquisitas, dorados cereales y delicadas hortalizas con que parecen brindar huertas y campos de este ameno paraíso de delicias? De sus frondosos árboles se ven colgar ricas peras, manzanas, ciruelas, albaricoques, dorados melocotones, uvas, olivas, etc.; arrojados por el suelo se encuentran fragantes melocotones, jugosas sandías, calabazas enormes, sabrosos pimientos, y un millon de otra clase de hortalizas que sería imposible enumerar por su abundancia grande y excesiva.

4.^a Nada diré aquí de los elevados y cristianos sentimientos, del generoso y noble carácter que la generalidad de los padres tratan de imprimir en el corazón de sus hijos, porque en las anécdotas é historietas que en artículos aparte pienso referiros, los veréis brillar como antorchas celestiales. Lo que sí publicar quiero, lleno de noble orgullo, son los nombres de los más preclaros hijos que salieron del seno de esta fecunda madre, de este privilegiado país, y tanto contribuyeron á su engrandecimiento.

Ella fué la que dió á luz en Calahorra, en la ciudad heroica de aquel pueblo valiente, que sitiado por Sertorio y Africano, se resistió hasta el extremo de comerse unos á otros sus habitantes; ella fué, repito, la que meció en su regazo al insigne sabio Marco Fabio Quintiliano, á aquel

ilustre retórico, el más célebre en sus tiempos, que fué llevado á Roma por el Emperador Galba, donde se conquistó tan grande reputacion que mereció el título de maestro de la elocuencia romana, contando entre sus discípulos á los nietos del Emperador Domiciano y de otros eminentes personajes que le colmaron de honores y distinciones, cuyo inmortal nombre brilla en la historia, rodeado de la aureola refulgente que tan dignamente le dedicára el poeta Marcial, llamándole *gloria de la toga romana*.

Riojanos tambien fueron el cardenal José Sanz, Navarrete *el Mudo*, pintor de Felipe II, Francisco Lopez de Zárate, poeta distinguido, y otros muchos, hijos de Logroño.

Murillo de Rioleza tambien habla orgulloso del inolvidable pedazo de sus entrañas, del erudito y virtuoso fray Juan Ramirez, dominico, considerado por una de las más brillantes lumbreras de su Orden.

La atalaya de la Rioja, el pueblo de Leza, que parece la diadema del citado Murillo, henchida de satisfaccion se levanta en un elevado cerro, como para decir á los demas pueblos riojanos: « Soy acaso de los más pobres en vecindario; pero mio es uno de los más refulgentes diamantes que brillan en tu diadema; de mi seno salió en 1501 el que en 1546 fué nombrado Arzobispo de Granada, y el que en 1551 fué mandado por orden de Felipe II al Concilio de Trento, donde fué recibido con aplauso de todos los prelados y respetado por sus

vastos conocimientos y envidiables virtudes; yo soy la madre de mi hijo predilecto D. Pedro Guerrero.»

De la antigua corte de los reyes de Navarra, de la histórica Nájera, son también hijos dignos el célebre escritor Diego Ortúñez y los inspirados vates Jáuregui y Villegas, cuyas bellas producciones son tan apreciadas de todos los eruditos.

En Hervias nació aquel astro de primera magnitud, el gran Cenón Somodevilla, que murió casi en la indigencia, siendo Marqués de la Ensenada y después de haber ejercido los más altos empleos de la nación, á cuyo bienestar y engrandecimiento sacrificó su vida é intereses.

Una antigua y modesta casa de la villa de Quel ostenta en su fachada principal una hermosa lápida, colocada por el Sr. Olózaga en memoria y honor de uno de los hijos que más lustre dieron á esta comarca, del celeberrimo poeta Breton de los Herberos.

Haro, la villa poética, la villa más hermosa y poblada de la provincia, llamada por antonomasia el *Puerto seco* por la animación de su tráfico, movimiento de su comercio y excesiva abundancia de artículos de todo género, cuenta también entre sus

hijos eminentes y distinguidos personajes.

Bañares..... pero sería nunca acabar si quisiéramos enumerar otra infinidad de sabios que se amamantaron en la antigüedad, en la Edad Media y en nuestros días, á los pechos de la envidiable Rioja, de la Rioja feraz, de la Rioja bendita.

Tiernos pequeñuelos que asistis al santuario de la escuela á despojaros del asqueroso y feo ropaje de la ignorancia, sabed que todos estos hombres cuyos nombres brillan en la historia como los rayos del padre de los astros, fueron niños como vosotros, que asistieron como vosotros al templo de la ciencia; pero con su esmerada aplicación, con su constancia en el estudio, arribaron á los puestos más altos de la sociedad, se conquistaron el glorioso renombre que tantos les envidian, y colmaron de gloria al pueblo en que nacieron. Día llegará, si alguno de vosotros los imita, en que una pluma más diestra que la mía recuerde vuestros nombres con orgullo y añada nuevos timbres á vuestra historia, ó sea á la brillante historia de nuestra amada España.

JUAN C. BUSTO.



VIRTUDES DE LAS PLANTAS.

Las plantas de un mismo género ó de una misma familia tienen por lo regular las mismas virtudes; estas virtudes dependen del desarrollo particular de las partes de la planta y de una proporcion determinada en los principios que la componen. El método que dispone los vegetales por familias, reuniéndolos por la relacion que hay entre las partes que les componen, es el más útil á la humanidad y el más precioso para la Medicina. Semejante método coloca al hombre en aptitud de sustituir una planta á otra y le dirige casi siempre con seguridad cuando supone á un individuo del reino vegetal las mismas virtudes que á los de su género, y la propiedad más dominante de la familia á la que dicho individuo pertenece.

Las *Borragíneas* son plantas de hortaliza, y todas son más ó menos mucilaginosas ó glutinosas. Pasan todas en medicina por depurativas, vulnerarias y astringentes.

Las *Gencianas* son amargas, un poco aromáticas, y se reputan como fortificantes.

Las *Apocíneas* son acres y caústicas.

Las *Solanáceas* son todas sospechosas, venenosas, narcóticas; la belladona, la mandragora y el estramonio son venenos reconocidos; la patata es un buen alimento, pero es preciso que se la prive del principio ve-

nenoso por el fuego y la decoccion.

Las *Rubiáceas* son todas diuréticas y aperitivas.

Las *Briáceas* son astringentes: en algunas partes se sirven de mirtilo en las tenerías; las bayas se comen.

Las *Cucurbitáceas* son generalmente purgativas y refrigerantes. Su uso inmoderado debilita, da vómitos y diarreas. La coloquintida es diurética y purgante.

Las *Labiadas* son aromáticas, tónicas, resolutivas, y en sus hojas residen las virtudes; mas el aroma varía en esta familia, que no es venenosa.

Las *Compuestas*, á excepcion de tres ó cuatro, se emplean en la medicina. Son aperitivas, depurativas y algo ardientes. Algunas son purgativas como el eupatorio. Ofrecen un alimento ligero, aperitivo y poco nutritivo.

Las *Malváceas* son mucilaginosas, emolientes, lubricantes, propias para templar la acrimonia y determinan la supuracion. Algunas se comen.

Las *Cruciformes* son acres, incisivas, antiescorbúticas, detersivas y diuréticas; algunas odoríferas y sirven más de condimento que de nutricion.

Las *Rosáceas* tienen frutos cuya pulpa carnosa y succulenta es buena de comer.

Las *Ranunculáceas* son cáusticas y algo venenosas. El té debe tomarse con precaucion; en el país de su origen sólo le usaban al cabo de un año de desecacion.

Las *Papaveráceas* son más ó ménos narcóticas; mas esta propiedad subsiste en la sustancia gomosa extractiva, y no en el aceite que se extrae de la semilla, ni en el principio mucilaginoso de ella.

Las *Umbelíferas* son aromáticas, ardientes, propias á excitar el sudor y otras secreciones: cuando crecen en terreno húmedo suelen ser venenosas. El cultivo suele modificarlas, como sucede en el apio, que sirve de alimento. En la raíz y en las semillas residen sus propiedades.

Las *Leguminosas* son todas nutritivas y sus hojas sirven de pasto á los ganados, y las semillas de alimento para el hombre. Ninguna planta de esta familia es venenosa ni cáustica.

Las *Liliáceas* contienen partes nutritivas en sus raíces, mas el alimento se altera por principios venenosos, segun lo indican el sabor y el olor. Algunas pierden su causticidad por la coccion y son alimenticias.

Las *Aroideas* son ardientes, acres y aromáticas.

Las *Palmeras* llevan frutos sanos y comestibles.

Las *Orquideas* son nutritivas y restaurantes.

Las *Euforbiáceas* son purgativas, cáusticas, muy violentas y á veces mortales.

Las *Amentáceas* son regularmente astringentes; las cortezas del plátano, haya y castaño son astringentes, febrífugas y anti-disentéricas. Estas mismas propiedades tienen las hojas, agallas y botones.

Las *Coníferas* son resinosas, estimulantes y diuréticas; restableciendo las secreciones obran útilmente contra el escorbuto.

Las *Gramíneas* son nutritivas. Las bestias trituran sus hojas, los granos chiquitos alimentan á los pájaros y los grandes al hombre. Casi todas son saludables.

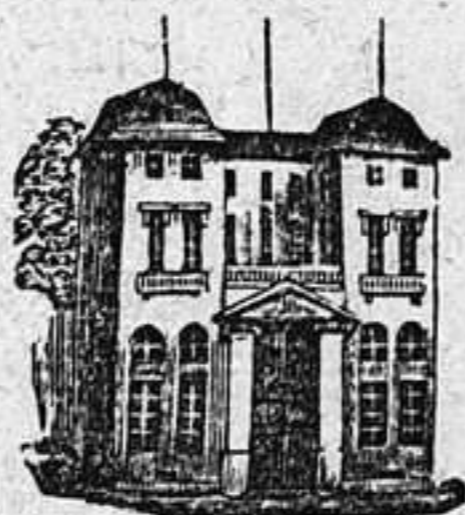
Los *Helechos* son generalmente sospechosos y tienen un olor fuerte y desagradable. Algunos son venenosos y otros aperitivos y nutritivos.

Los *Musgos* tienen un olor desagradable y son astringentes.

Las *Algas* se recomiendan como aperitivas y deterrentivas.

Los *Hongos* constituyen un alimento peligroso, por existir algunos venenosos y ser fácil confundir los buenos con los nocivos.

M. DE LA J.



DE LAS CASAS DE JUEGO.

Mucho habréis oído, indudablemente, hablar del juego.

Las casas de juego tienen una entrada que es la del honor, y dos salidas, que son la infamia y la muerte. ¡Cuántos males salen cada día de estos centros de corrupción! Todos conocen el mal; ¿mas quién pondrá el remedio? Si se suprimen hoy unas casas de juego, al otro día se abren otras más peligrosas y nunca se corta la cabeza de la hidra. A pesar de esas tristes verdades, todavía se pueden hacer algunas observaciones conducentes á retraer á los jugadores de su funesta pasión.

El lenguaje ordinario ha calificado al juego de *vicio*, cuya palabra se emplea tan frecuentemente como la del juego mismo. Mas para apreciar bien el lugar que este acto debe ocupar en nuestra estimación, calculemos los efectos que produce en la felicidad ó miseria de la humanidad.

Se concederá, sin repugnancia, que en la clase de jugadores la mayoría, por no decir algo más, se compone de los que pierden. Pero el hombre que pierde en el juego no pierde el dinero sólo, sino también un tiempo precioso, las costumbres económicas, regulares y de perseverancia que tenía en todas las cosas, en una palabra, las cualidades que le pondrían en estado de recobrar su dinero y adquirir por medios honro-

sos la felicidad perdida. Así, perjudicándose el jugador á sí mismo, causa un perjuicio real á la sociedad y se hace, no sólo un hombre infeliz, sino también un mal ciudadano.

Infinitos ejemplos se podían citar de suicidios y otros crímenes cometidos por la funesta pasión del juego, que opone un muro de bronce á las reprensiones y sátiras, á los esfuerzos de la prensa periódica y del teatro, supuesta escuela de costumbres, que es también ineficaz contra la pasión del juego. El mejor argumento contra la pasión del juego es el provecho que resulta á los dueños de la casa á expensas de los jugadores, que si fuesen capaces de reflexión no irían por el interés de ganar alguna pequeña cantidad que los estimule más á exponerse más tarde á los inevitables resultados de su ceguera, que son, como hemos dicho, el deshonor, la miseria, la prisión y la muerte.

Entrese en la mayor parte de las casas de juego, y se verá á los jugadores rodear las mesas y devorar con la vista áquel oro cuya posesión se disputan.

Que los maestros destinados á prevenir, retardar ó corregir las inclinaciones perjudiciales enseñen á sus discípulos á emplear el dinerillo que les concedan para sus diversiones, sin arriesgarse en juegos perjudiciales. El partido más seguro, dice

Locke, es prohibirles las cartas, dados, etc. No es la teoría de moral lo que nos falta, sino el arte de inculcarla por signos sensibles y adecuados.

Un padre de familia decía que cuando hablaba de un embustero, de un pródigo ó de un avaro, ántes de definírseles á sus hijos se los mostraba en accion, imprimiendo desde luégo en su imaginacion la fisonomía y la deformidad de cada vicio, para que se acordasen algun dia, lo reconociesen desde léjos y si se dejaban seducir, á lo ménos no se librasen de saludables remordimientos.

Un ciudadano, recomendable por sus luces y por su celo en todo lo que puede influir en el bien público, observaba que la educacion no concluye al salir el jóven de mano de los maestros; que hay otra segunda, no ménos esencial que la primera, que exige de los padres mucha atencion y sagacidad. «Pocas gentes, de-

cia, querrán imitar la conducta de cierto sujeto acaudalado, que viendo á su hijo dispuesto á abandonarse al juego, le dejó obrar hasta que perdió una suma considerable.» «Yo la pagaré, le dijo su padre, porque estimo más el honor que el dinero; pero es preciso que nos expliquemos; tú amas el juego, hijo mio, y yo amo á los pobres; los he socorrido ménos desde que he pensado en colocarte; mas ya veo que un jugador no se debe casar: así, juega cuanto quieras; pero con la condicion de que á cada pérdida nueva entregaré á los pobres de la suma que te está destinada otro tanto como lo que tengas que sacar para abonar la deuda contraida; y así, empecemos desde hoy.»

La suma equivalente fué llevada en el acto á un hospital y el jóven no volvió á recaer en su vicio.

J. M. BALLESTEROS.



RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(Continuacion.)

VII.

Ahora sí que está completo el retrato del general. La señorita Rosa

está con razon orgullosa de su obra, y espera muchos plácemes de su padre, á quien no podrá ménos de producir gran satisfaccion el sentimien-

to artístico de que acaba de dar gallarda muestra su querida hija.

Hay una circunstancia que prueba hasta la evidencia el genio de la artista. Los bigotes han resultado un

poquito azulados, porque la niña tomó en el pincel el color azul creyendo que era negro. Los grandes genios no se paran en pequeñeces de rutina.



No importa que haya pintado azules los bigotes. En los cuentos de hadas se habla extensamente de un gran señor que tenía, no solo el bigote, sino toda la barba azul, por lo cual se le llamaba el señor de Barba Azul. Rosita cree que el ge-

neral sentirá cierto orgullo al ver que casi casi se le ha igualado con aquel poderoso personaje, que tenía un cañon.

Rosita contempla con gran satisfacción el retrato, y cada vez está más contenta y satisfecha de su obra.

Los bigotes le parecen un adorno que da al general un aire de apostura y juventud que seguramente le ha de halagar en su amor propio, porque también los generales tienen su amor

propio como todo hijo de vecino. Y lo que más le contenta es el color azul de los bigotes, lo cual no es extraño, porque como Rosita es rubia, le gusta lo azul.



VIII.

Sucede con las buenas ideas como con las malas, que en teniendo una, en seguidita se tiene otra. Nunca vienen solas las buenas ó las malas ideas. Es evidente, por lo demas, que

una artista que ha sabido pintar primorosamente los bigotes á un general, sabrá poner bigotes á todo el mundo, pues los bigotes de más difícil y comprometida ejecucion son los de un general.

Rosita, puesto que está en buena

disposicion para pintar bigotes, va á pintárselos al simpático y elegante Medoro, un perro muy bizarro, á quien sólo faltan unos bigotes para tener cierto carácter de perro importante. Los bigotes de Medoro no serán azules; serán negros, y como en la paleta no hay negro, Rosita empleará la tinta del tintero. El perro es muy presumido, y es seguro que no le disgustará tener bigotes, como si fuera un perro de esos que han hecho la guerra acompañando á algun regimiento de cazadores.

¡ Bueno sería que los otros perros al ver á Medoro con bigotes le tomarán por un perro general! ¡ Apenas se daría tono él y le tendrían envidia los demás!

Medoro no quiere disgustar á su amita, y se deja pintar el bigote; pero no le gusta mucho la excelente idea de la artista, y de buenísima gana renunciaria él al adorno que le está poniendo aquélla. Tambien los perros son ingratos á veces.

(*Se continuará.*)

LOS TRES LEGADOS.

(*Continuacion.*)

Aceptaron Octavio y Antonio el pensamiento de su hermano mayor y convinieron en separarse á la mañana siguiente, abandonado la quinta de su padre y dejándola al cuidado de tres sirvientes ancianos, para que al espirar un año la tuvieran dispuesta para recibirles. Prometiéronse mutuamente no faltar á la cita, y despues de haber dormido tranquilamente aquella noche, al despuntar el dia se despidieron entre abrazos y lágrimas y emprendieron cada cual distinto camino. Octavio, al despedirse, quiso regalar á cada uno de sus hermanos una buena cantidad de oro para los gastos del viaje, haciéndoles presente para que la aceptáran que él de nada se desprendia, puesto que á su antojo

podia disponer de extraordinarias riquezas. Pero Floro, prudente en extremo, le contestó que el verdadero mérito y el mejor medio de utilizar él por su parte la virtud de su anillo, y Antonio la de su sierra, estribaba en la necesidad de recurrir desde el primer dia á aquellos dichosos instrumentos, base de su futura suerte, y que esto lo descuidarian si aceptando el dinero de Octavio encontraban con tanta facilidad cubiertas desde luego sus primeras atenciones. Antonio fué del mismo parecer, y aceptando de Octavio tan sólo la buena voluntad de sus ofertas, se despidieron de él hasta dentro de un año, emprendiendo cada cual su camino.

II.

HISTORIA

DE UN RICO QUE SE ABURRE.

Supongo que mis lectores sentirán la misma simpatía hacia los tres viajeros, pero como el seguirlos á todos tres simultáneamente en su peregrinacion es imposible, hemos de contentarnos con seguir á uno de ellos, esperando la ocasion oportuna para conocer las aventuras de los otros dos. Octavio, el más jóven, sabemos que habia sido el predilecto de su padre, y para rendir este testimonio de deferencia al difunto anciano, se resignarán mis lectores á seguir conmigo al Benjamin de esta virtuosa familia, y así sabrán cuál fué el empleo que dió á las grandes riquezas de que podia disponer.

El viajar sin miedo al dinero que pueda gastarse, como podia hacerlo Octavio, es una cosa muy fácil y sumamente cómoda, y aunque entonces no habia, á lo que entiendo, diligencias ni ferro-carriles, no faltaron á nuestro jóven caminante medios de proporcionarse una manera cómoda de viajar. Como sus hermanos, habia salido á pié de la quinta de su padre, pero apenas tropezó en el primer pueblo en su camino, pensó que era una tontería fatigar sus piernas, por más que fueran jóvenes y robustas. Informóse de quién le venderia un buen caballo, y sin reparar en el precio lo compró. ¿Qué más le daba á él pagar cincuenta que pagar cien-

to? Pensó despues que la soledad del camino podia aburrirle, que tendria que atender no solo á los cuidados de su manutencion, sino á los de la de su caballo, y por ahorrarse estas molestias y proporcionarse alguna distraccion hizo que le buscáran un criado jóven, robusto é inteligente, ajustó el salario que le habia de dar, compró para él otro caballo, y de esta manera acompañado y servido continuó alegremente su viaje, sin más guía que la casualidad. Las riquezas le habian hecho muy cómodo: no queria caminar durante las horas de más calor, ni tampoco en la oscuridad de la noche, cuando las estrellas brillan en lo alto del cielo y el silencio y las tinieblas convidan á la meditacion. Elegia para pasar las siestas y las noches las mejores posadas; hacia que le aposentáran en las mejores habitaciones, que le preparáran el lecho más mullido, la cena más suculenta y los vinos más exquisitos. Pagaba su cuenta sin detenerse á examinarla, dejaba á todos los sirvientes buena propina, y arrojaba su moneda en el sombrero de cuantos pordioseros encontraba al paso. Su criado le obedecia complaciente, entretenia sus horas de camino con narraciones interesantes, le tenía el estribo para que se apeára del caballo, permanecia de pié al lado de la mesa para servirle agua ó vino mientras comia, le ahuecaba las almohadas de la cama, le ayudaba á vestirse y desnudarse, salia á dar al huésped las órdenes de su señor, tenía cuidado de despertarle á la hora

que le dejaba señalada, le cepillaba la ropa, le tenía la brida del caballo para que montára, le ponía derecho el estribo, le decia el nombre de todos los pueblos y de todos los rios que atravesaban, y nunca olvidaba advertir en las posadas que se tuvieran á su señor las mayores consideraciones, pues era un gran caballero, que pagaba generosamente.

Pues á pesar de todo esto, de que reinaba un tiempo hermoso y de las muchas distracciones de un camino en que á cada paso se ven nuevos y pintorescos panoramas y á cada hora nuevas y pintorescas aldeas, grandes y bellas poblaciones; ora un castillo suntuoso dominando sobre una eminencia una rica campiña; ora un frondoso bosque; ora un rio caudaloso fecundando valles feraces; acá los blancos rebaños de mansas ovejas; allá los labradores cantando alegremente tras de sus yuntas de bueyes; acullá las pajizas chozas de los pastores; otras veces las altísimas crestas de las montañas coronadas de nieve ó de blancas nubes, es lo cierto que Octavio estaba fatigado de su viaje á la cuarta jornada, y que al ver delante de sí presentarse en el horizonte una populosa ciudad coronada de cien torres, dijo para sus adentros:

— De esa ciudad no pasaré. ¿Qué necesidad tengo yo de pasar cada dia las mismas fatigas, sufriendo el incómodo movimiento de mi caballo, los rayos picantes del sol y las caricias del viento? Basta de viaje: me estableceré en esa ciudad, que parece muy grande y hermosa, y en ella

alquilaré un palacio, ricos muebles y cómodas carrozas. Tomaré una gran servidumbre, me procuraré alegres y distinguidos amigos, causaré con mi fausto y mi lujo la admiración y la envidia de cuantos me vean, y me rodearé de todo género de placeres. ¿Qué me importa gastar mucho dinero, si mis tesoros no pueden agotarse? Procuraré entretener alegremente el tiempo hasta que llegue el dia en que debo acudir á la cita con mis hermanos.

En efecto, se detuvo en aquella ciudad; hizo llamar al patron de la posada en que se habia aposentado; le rogó se encargára de buscarle un palacio de las mejores condiciones en alquiler para un año; que le presentára luégo los mejores tapiceros de la ciudad para que se le amuebláran; al sastre de más fama para que le hiciera los más vistosos trajes; que le proporcionará una numerosa y escogida servidumbre, y en fin todo aquello que á su mayor comodidad y recreo convenía, acompañando sus ruegos con un puñado de monedas de oro que el posadero recibió de su mano haciendo humildes cortesías.

No tardó en ver satisfechos sus deseos; el posadero fué pregonando por la ciudad que un poderoso príncipe habia llegado á su casa, y que con su presencia queria honrar la ciudad, puesto que habia manifestado su propósito de establecerse en ella; que debia traer grandes tesoros y no pequeños deseos de gastarlos, y que tan bello, tan rico, tan ilustre ni tan generoso príncipe no habia puesto

jamás el pié en la afortunada ciudad. Apenas si encontró palacio que le pareciera digno de aposentarle, aunque habia algunos magníficos en disposicion de alquilarse. Eligió el mayor de todos, que tenía dos grandes y soberbios jardines; convocó á los mejores tapiceros, á los plateros más afamados y á todos los industriales que creyó necesarios para alhajar el palacio, llevóse por delante el mejor sastre de la ciudad y una turba de criados dispuestos á entrar en la servidumbre del príncipe forastero, y con todo este séquito se presentó á Octavio, que quedó altamente satisfecho.

No me detendré á referir de qué manera se vió nuestro viajero aposentado en ménos de dos dias en su bello palacio, rodeado de cuantas comodidades pueden proporcionar el lujo y la riqueza. La fama de su llegada, de su fausto, de su esplendidez y de su generosidad pronto se extendió por la ciudad toda, y pronto acudieron á darle la bienvenida y á ofrecerle su amistad y sus servicios las personas más distinguidas y más encopetadas. Á todas horas sus antecelas estaban obstruidas por la más brillante concurrencia; todo lo más elegante de la poblacion se apresuraba á ofrecer sus respetos al nobilísimo príncipe, y á pesar de que la educacion de Octavio no habia tenido, como saben los lectores, nada de cortesana, es lo cierto que cuantos tenían la dicha de tratarle reconocian que no habian visto en príncipe alguno modales más finos, ilustracion más

profunda, talento más sagaz, ni gracia más seductora. En pocos dias se hizo el hombre de moda, como que su espléndida mesa, sus magníficos salones, sus fastuosas reuniones estaban francas para todas las personas elegantes de la ciudad.

Eligió, sobre todo, su círculo más íntimo entre los jóvenes más finos, más calaveras y más derrochadores, que le formaron una especie de corte. En su casa se organizaban las más ruidosas cacerías, para cuyo servicio estaban á disposicion de sus amigos multitud de soberbios caballos, los mejores de todo el país; numerosas jaurías de perros, los más diestros y ligeros; un sinúmero de criados, armas de todos géneros y provisiones abundantísimas para toda la comitiva. En su palacio se celebraban casi todos los dias espléndidos festines, en los que nada se escaseaba, y á los cuales no necesitaban los comensales contribuir más que con su alegre compañía, pues los gastos todos corrían por cuenta del príncipe Octavio. En sus animadas reuniones se jugaba siempre, y si algun amigo tenía la desgracia de perder el dinero que llevaba, sabía que no necesitaba más que hacer una ligera indicacion á Octavio para que éste se apresurara á poner á su disposicion las más gruesas cantidades, cuya devolucion no reclamaba jamás ni aun indirectamente.

Nadie podia elogiar en presencia de Octavio una alhaja ó un objeto cualquiera de la propiedad de este generoso amigo, pues apenas echaba

de ver que una cosa suya le parecía bien á otro, inmediatamente se la regalaba y no cedía en sus instancias hasta que se aceptaba su delicado obsequio; y esto lo hacía de tal manera que no parecía sino que se le hacía un verdadero servicio con aceptar sus larguezas. — ¡Cómo se conoce, decían, que es un verdadero Príncipe!

En un principio Octavio se consideraba el hombre más feliz. Y ¿cómo no? Su vida era una cadena continuada de placeres y satisfacciones. Todo cuanto la imaginación más ardiente puede ambicionar lo tenía á su alcance; cuantas comodidades puede haber inventado el lujo y el sibaritismo, cuantas sensaciones agradables pueden recrear los sentidos, cuantas distracciones pueden halagar la fantasía, todo lo encontraba sin el menor esfuerzo. Los manjares más delicados y apetitosos, los vinos más exquisitos, los perfumes más embriagadores, los vestidos más costosos, las joyas de más raro valor, los muebles más soberbios, las alfombras más vistosas y mullidas, los objetos más curiosos, los cuadros más hermosos, las estatuas más bellas, las flores más hechiceras, las carrozas más cómodas y ligeras, los caballos más nobles é impetuosos, los perros más diestros en la caza, los criados más humildes y serviciales, los amigos más complacientes, todo lo reunía en torno suyo para hacer de su existencia un verdadero paraíso. Una nube de aduladores le seguía doquiera y aguardaba con avidez á

que de sus labios se escapára la palabra más sencilla para admirar y aplaudir su ingenio y su gracia. Su palabra más frívola era un chiste que todo el mundo reía; su mirada más indiferente una orden que todos se atropellaban por cumplir. Si jugaba y perdía, se aplaudía su serenidad y desprendimiento; si ganaba, se aplaudía su gran perspicacia; si callaba, todo el mundo admiraba su prudencia; si hablaba, su sabiduría; cuando iba á caza, todas las piezas habían sido heridas por su tiro certero; si apostaba á correr, todos refrenaban sus caballos, aparentando excitarlos para dejarle ganar ventaja. No podía intentar cosa que le saliera mal.

Octavio llegó á fastidiarse de tanta ventura y á desear de todas véras tropezar con alguna contrariedad sin tener el gusto de conseguirlo. Tanta dicha y tantos placeres llegaron á hacersele monótonos y odiosos, porque, en efecto, cuando todos los placeres se han gustado sin encontrar dificultad para conseguirlos, es indudable que pierden todo su atractivo y llega el hastío y la indiferencia, el más amargo de todos los sinsabores.

Los vinos más deliciosos llegaron á ser insípidos é ingratos á su paladar; los manjares más succulentos y agradables le parecieron nauseabundos, y su estómago los repugnaba; quiso variar y en la novedad halló algún placer; pero por último la variedad se agotó y no fué posible encontrar un manjar ni un licor que le fuese desconocido y del cual no es-

tuviese hastiado: la mesa más delicadamente servida llegó á parecerle insufrible; el lecho más mullido de pluma se le hizo incómodo y en vano se revolvía en él buscando el sueño que huía de sus párpados. La música más dulce y armoniosa le parecía un ruido monótono y áspero; los perfumes más embriagadores le repugnaban irritando sus nervios; la perspectiva más pintoresca no le ofrecía atractivo alguno; el azul del cielo llegó á perder á sus ojos su brillantez; la luz del refulgente sol le parecía el resplandor de una lámpara mortuoria, y apetecía las sombras de la noche; pero apenas ésta llegaba, la oscuridad oprimía su pecho. Le cansaban más que nada sus eternos aduladores, pues llegó á ser para él insoportable el ver que no podía hacer ni decir cosa que no mereciera los más exagerados elogios.

Como llegó á estar disgustado y sombrío, le enfurecía ver que en torno suyo todos se manifestaban contentos. Esto le sugería amargas reflexiones y con ellas se desahogaba y encontraba alguna distracción, pero le duró poco. Apenas sus amigos y cortesanos se apercibieron de su tristeza y mal humor, todos se pusieron tristes y pensativos, no volvió á ver en torno suyo una sonrisa, y su tétrico humor se aumentó viendo á su lado semblantes en la apariencia tan tristes como el suyo.

Desesperábase por encontrar emociones que le hicieran la vida agradable. ¿Pero dónde? No podía desear nada que á seguida no lo obtuviere,

y esto quitaba el mérito á todas sus adquisiciones. Pensó encontrar emociones en el juego y se entregó á él con delirio. ¡Vano empeño! Como para él no tenía valor alguno el dinero, ni el ganar le alegraba, ni el perder las mayores sumas le impresionaba. Le sucedía lo que á aquel jugador que estando sólo toma una baraja y se pone á jugar consigo mismo, que por más que quiera figurarse que con unas cartas gana y con otras pierde, como en realidad ni pierde ni gana, á los cinco minutos arroja las cartas, enojado al ver que el juego no le interesa.

La caza le fatigaba, pero no le divertía, porque los incidentes siempre eran los mismos. Se dedicó á la lectura y quiso profundizar el estudio de las ciencias; pero su imaginación se negó á secundarle y le representó el estudio como una cosa árida y de ninguna utilidad.—Y á mí, ¿de qué me sirve el saber esto? se preguntaba después de leer una página de un libro. ¿Voy yo á hacerme médico? ¿Voy á hacerme abogado? ¿Voy á hacerme naturalista? Esto requiere una paciencia y una perseverancia que me faltan, porque no tienen objeto.

Pensó en elegir esposa, pero ocurrióle la sospecha de que no sería amado por sus cualidades morales sino por sus riquezas.

—¿Y ésta es la felicidad? se decía. ¡Ah, si yo tuviera al menos el anillo mágico de mi hermano Floro para poder verlo todo y romper con mis miradas la cascarilla que sirve

de envoltura á todas las cosas y penetrar en las interioridades de todo, arrollando las apariencias!

¡Cuánto hubiese visto entónces el inocente Octavio que le hubiera sorprendido!

Él ignoraba, porque el disimulo y la lisonja le impedían verlo, que en torno suyo no había más que envidiosos y enemigos á quienes su felicidad aparente irritaba y enfurecía. Los mismos que bajamente le adulaban, en su interior le consideraban

como un fatuo y en sus corrillos se burlaban de él. Su generosidad era considerada como necia prodigalidad: sus grandes dispendios se miraban como hijos de la vanidad y de la soberbia. Sus grandes riquezas se decía por todas partes que no podían haber tenido peor empleo, y si en público se le llamaba Príncipe, en los corrillos se le apellidaba advenedizo.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.

ESCENAS INFANTILES.



EL CONEJO EN LA PARED.

MADRID, 1875.— Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra)

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.